

do nada trivial, que mana de las anécdotas de la vida y del amor no localista a los lugares. En Sierra Nevada hay un posible camino de recuperación del sentido del respeto a los valores de las montañas, que enlaza justamente con el que le dieron los fundadores del montañismo andaluz.—EDUARDO MARTÍNEZ DE PISÓN

### *Las montañas de Madrid o la invención del Guadarrama\**

Sobre una idea germinal del Museo Municipal de Madrid, tuvo lugar la celebración, en los locales de este último y en la primavera de 1998, de una gran muestra dirigida en su dimensión científica por Eduardo Martínez de Pisón y coordinada en sus aspectos expositivos por Isabel Tuda Rodríguez, cuyo catálogo es el que aquí se comenta. Catálogo o, más bien, libro-catálogo por cuanto, si es cierto que incluye el registro y reproducción de la muy abundante, rica y diversa obra expuesta en su día (magníficamente enmaquetada además por el mucho saber hacer de Rafael Cansinos), no lo es menos que su contenido, incluso en lo que hace al aparato gráfico, va bastante más allá de lo que tantas veces acostumbra a ser una necesaria pero insuficiente guía del itinerario expositivo.

Así pues, ¿un libro sobre el Guadarrama? Sí, desde luego; aunque no sólo eso. ¿Un libro, tal vez; sobre las relaciones entre la aglomeración de Madrid y la Sierra, cambiantes en el tiempo y preñadas de tensiones y conflictos, como acertadamente se señala en la introducción? Desde luego que sí; pero no sólo eso, tampoco ahora. Porque lo que quizá en mayor medida especifica a este libro es darse por objeto la reconstrucción de una mirada, el seguimiento de los vericuetos y de los avatares de la visión de la sociedad madrileña sobre su montaña, el estudio del proceso de construcción de una imagen. Es verdad que, de manera honestamente expresa, lo que se investiga no es cualquier mirada, cualquier visión, cualquier imagen de las varias que, desde la instauración de la capitalidad a mediados del siglo XVI, hu-

bieron de posarse sobre el Guadarrama: no se busquen aquí, ciertamente, la mirada acechante y descifradora del cazador, la mirada enquistada en los fondos de los retratos reales de los siglos XVII y XVIII (la que, con arreglo a códigos renacentistas y barrocos, hacían del país o paisaje espacio de dominio, provincia), la mirada técnica del ingeniero o, ya en el novecientos, la mirada turbiamente activa del dominguero, del especulador inmobiliario, del industrial del ocio. Pero no es menos cierto que lo que en este libro se desentraña, la mirada culta que del Guadarrama se dieron las élites científicas, intelectuales y artísticas del Madrid ginerista y noventayochista, es hasta cierto punto la que más profunda y durablemente ha investido a la Sierra, hasta el punto de soldarse decisivamente con ella.

El libro, entonces, se ve conscientemente obligado a moverse entre los extremos de una polaridad, explotando a fondo la feliz fertilidad de ese ir y venir entre realidad y espejo, entre el territorio serrano y la construcción imaginaria de un espacio, entre las prácticas sociales de apropiación y las de invención de un *artefacto natural* (no menos cargadas de socialidad, por lo demás): entre el paisaje exterior y el paisaje interior, en suma, para utilizar la dicotomía huguiana varias veces invocada antes por alguno de los autores. Y es seguramente por eso por lo que el discurso textual y gráfico del libro, únicamente abordable por un equipo de geógrafos y no geógrafos con dilatada y cabal experiencia en el Guadarrama, se despliega en tres partes, introducidas por Martínez de Pisón a través de un caleidoscópico texto en el que se entrecruzan un itinerario personal de regusto muy teraniano (y la implícita referencia a Terán resulta crucial para el entendimiento del conjunto del libro, dada su posición de enlace con la tradición institucionista), la definición de un objeto (las relaciones entre el paisaje y su «valor añadido» poético y moral) y la identificación de un método, el histórico, para aproximarse a él, además de una justificación de la estructura general de la obra y del equipo de autores, a los que, como buen director, ha dejado aire para trabajar.

La primera de ellas, a cargo de Rafael Mas Hernández, constituye un excelente ensayo, no por largo menos apretado, de identificar y sintetizar la secuencia y características de las diferentes vías de apropiación económica y territorial de la Sierra por la sociedad urbana madrileña, tomando como punto de arranque un muy original y sugerente intento de reconstruir las pautas esenciales de la organización preindustrial del espacio serrano y de los usos del suelo a partir de una atenta lectura en clave geográfico-histórica de la cartografía actual y de la to-

\* *Madrid y la Sierra de Guadarrama*. Madrid, Museo Municipal de Madrid, 1998. En buena medida, las pautas de lectura aquí recogidas (o, al menos, las aprovechables) proceden de las largas conversaciones mantenidas al respecto con Manuel Frochoso Sánchez, profesor de la Universidad de Cantabria, y con Isabel Tuda Rodríguez, coordinadora de exposiciones del Museo Municipal de Madrid, otras tantas ocasiones para que el firmante se librara a una tan desenfadada como impune operación de saqueo intelectual.

ponimia, en las que aquélla se presenta como encapsulada, a la manera un palimpsesto relicto. Desde las masivas apropiaciones regias de El Escorial y La Granja, a un lado y otro de la divisoria principal, hasta las pioneras residencias veraniegas del primer tercio del siglo XX, pasando por la demanda de recursos materiales (piedra para construcción, madera para carbón vegetal, pastos para ganadería brava y lechera, agua para consumo urbano, suelo para repoblación maderera, etc) o inmateriales (aire y tranquilidad para la curación de enfermedades respiratorias, escenarios para las prácticas deportivas, aulas abiertas para la educación, etc), se identifican aquí los otros tantos y diversos caminos a través de los cuales *la ciudad intensa* se ha ido haciendo presente, reproduciéndose, en diferentes lugares de la Sierra, en función principalmente de la desigual accesibilidad promovida por infraestructuras comunicacionales que, con independencia de su alcance nacional o regional, encontraban en Madrid su kilómetro cero. Por lo demás, y como acertadamente señala el autor, «parece como si todo el guión de los cambios y la realidad territorial en la Sierra estuviera ya escrito antes de la Guerra Civil», de tal modo que su evolución ulterior no habrá de significar una cesura cualitativa, aunque sí una intensa, y a veces brutal, profundización de aquellas tendencias (y especialmente de las de consumo recreativo y residencial), generadora de una auténtica subordinación social y espacial del ámbito serrano, así como de la agudización de los conflictos (económicos, estratégicos, culturales e incluso políticos) derivados de la superposición de los usos recreativos masivos sobre unas estructuras territoriales heredadas, de signo principalmente ganadero.

A su lado (o enfrente, de acuerdo con el *pathos* dramático de la obra), la segunda parte, coordinada por Nicolás Ortega Cantero y desarrollada además por Concepción Sanz Herraiz, Pilar de Miguel Egea y Carmen Priego Fernández del Campo, se propone como objeto la identificación de los hitos de referencia y de la lógica filosófica de la apropiación literaria, pictórica y científica del Guadarrama: de su lectura espiritual y, en suma, cultural (en el sentido de *haute culture* y no, desde luego, en el antropológico, enteramente ausente). Como no podía ser de otro modo, el centro argumental y perspectivo de ese viaje es el de Giner, la Institución Libre de Enseñanza y el Noventayochó, por más que también resulten de extraordinario interés las notas introductorias acerca de la mirada sobre la montaña anterior al siglo XIX, dominada por la indiferencia, el desagrado, la animadversión e incluso el temor (aunque la de un Jovellanos ante Pajares, por ejemplo, pudiera ser interpretada

más bien en clave de sublimidad kantiana o burkiana). Esa mirada, la que inaugura el poco menos que mítico viaje iniciático del verano de 1883, es leída, de acuerdo con elaboraciones anteriores, en clave romántica (o, más bien, tardorromántica), fundamentándose en una reflexión filosófica de indudable calado. Y ello es plausible y acertado, sin duda, en lo que hace a la posición vertebral que las aproximaciones intuitivas parecen haber ocupado en la actitud de los institucionistas ante la naturaleza y el paisaje. Pero no parece menos cierto que la componente extemporánea e historizante del romanticismo, casi siempre vuelta hacia el pasado (o hacia su equivalente utópico, es decir, *los orientes*), se ve doblada en los institucionistas, muy ilustrados en este punto (o tardoilustrados, aunque paradójicamente antipositivistas), por otra más atenta al futuro y volcada hacia una educación que, muy avanzada y progresista para su tiempo, pero hija al fin de él, no se negará a incluir, al lado de la mera instrucción, las dimensiones formativas de la pedagogía, no exentas de riesgos intelectuales y políticos y, en el mejor de los casos, únicamente justificables desde fuera de la lógica del conocimiento riguroso y controlado, es decir, desde la cultura, la sociedad o la política.

Esa compleja, y hasta cierto punto bifronte, actitud ante la Sierra de los intelectuales y artistas de la Restauración (o, al menos, de los aquí considerados) permite seguramente entender, además, su mirada esencialmente naturalista y paisajística, en la que, en general, las complejas sociedades locales, rechazadas hacia lo impensado, únicamente se dejan entrever a través de las escuetas, inevitables y condescendientes referencias a los guías indígenas, de algunos muy sinceros apuntes de Jaime Morera o de Tomás Campuzano, o de esa superioridad que destila la mención al supuesto comentario que al parecer un pastor le habría hecho a Macpherson, extasiado ante una abrupta ladera rocosa: «Don José, ¿cómo se asombra usted tanto de eso si eso no da na?». Una sierra sin serranos, pues.

Por lo demás, y sea como fuere, el largo, denso y, como es habitual en él, excelente texto de Ortega Cantero configura el ajustado y necesario marco de contextualización de los trabajos de Sanz, Miguel y Priego. El primero de ellos, apoyado en una muy notable labor de registro de documentación objetual, reconstruye con minuciosidad la dilatada dedicación de geólogos, geomorfólogos (o *geógrafos físicos*, para decirlo en los términos de la época), botánicos y zoólogos, tanto madrileños como no capitalinos, al estudio científico del Guadarrama, por más que en alguna ocasión (no, ciertamente, en

el caso de Macpherson o Paz Graells) se eche en falta una cierta valoración de lo que cada uno de ellos, en sus pesquisas guadarraminas, hubo de aportar al estado que atravesaban, en cada momento, sus respectivas disciplinas. Conectado en parte con ello, y conectado además a través de algunas personalidades concretas (Prado, Obermaier, los Hernández Pacheco, etc), Priego reconstruye igualmente el no menos largo itinerario generacional del conocimiento prehistórico y, en general, arqueológico de la Sierra, aunque lo esencial de su intervención se oriente hacia una identificación, necesariamente resumida dadas las características de la obra, de los yacimientos serranos, clasificados por épocas. Y, por su parte, Miguel propone una enumeración, magníficamente ilustrada, de la mirada pictórica sobre el Guadarrama, desde la velazqueña y goyesca que lo toma como fondo de retratos hasta la que, ya en el último tramo del ochocientos, se adentra progresivamente en sus macizos, para pintarlos o grabarlos desde dentro. Un viaje espiritual concomitante con el proceso mismo de apropiación material de la Sierra y, sobre todo, con la secuencia generacional y estilística de la pintura española decimonónica (con exclusión no explicitada de la vanguardista del primer tercio de la centuria siguiente), desde la perfección topográfica casi holandesa de un Houasse o de un Brambilla, pasando por lo que la autora denomina, a propósito de Haes, Riancho o Martín Rico, la generación romántica (o, más bien, a la Barbizon), hasta el esplendor de la mirada de estirpe gineriana, hace tiempo desvelada por María del Carmen Pena, en la que parecen reconocerse gentes por lo demás tan diversas como Lhardy y Beruete o Espina y Morera, cuya tormentosa, invernal y azotada honestidad, tan diferente de la más serena y templada de los primeros, deja transido al lector (y, desde luego, al afortunado visitante de la exposición).

Por su parte, la tercera sección del libro, dedicada a los deportes de montaña en la Sierra y a cargo de Pedro Nicolás Martínez, parece situarse a medio camino (o, más bien, en un tercer vértice) del estudio del territorio y del análisis de la mirada proyectada sobre él. En primer lugar, porque el propio autor, montañero y escalador él mismo pero también geógrafo estudioso de las montañas, se ve obligado a caminar, al igual que el comisario y director de la exposición, por ese difícil cuchillar erguido entre la aprehensión intelectual de un objeto y la identificación sentimental con una práctica. Pero también, y tal vez sobre todo, porque la historia de la apropiación deportiva del Guadarrama, especialmente en sus orígenes, se muestra significativamente prendida

entre, de un lado, las muy materiales tendencias metropolitanizadas del Madrid primisecular y, de otro, las prácticas culturales diseccionadas en la segunda parte de la obra, hasta el punto de que algunos de sus protagonistas primeros (así, por ejemplo, Constancio Bernaldo de Quirós, aunque no fuera el único) hubieron de participar simultáneamente de ambos registros. No obstante, al lado de los institucionalistas, otros grupos profesionales y sociales habrán de protagonizar igualmente el despegue del asociacionismo montañero, fuese en clubs de élite (así, los ingenieros militares y los ateneístas en lo que hace al Twenty Club, el Alpino Español y, algo más tarde, el grupo Peñalara) o fuese, casi al tiempo, en la Sociedad Deportiva Excursionista, de extracción social más modesta, hasta llegar a la veintena de asociaciones existentes en la década de los años treinta, únicamente entendible en el marco de la inauguración en 1923 del ferrocarril eléctrico y de la ampliación de las iniciales prácticas del esquí hacia el excursionismo, el alpinismo y, desde 1931, la escalada de dificultad. Una tan febril actividad deportiva y una tal constelación asociativa, generadoras de algunas publicaciones en las que, además del relato de las caminatas y de las hazañas, hay que ir a buscar algunos textos científicos cruciales, y bien diferentes de las hasta ahora mejor conocidas experiencias catalanas, entreveradas en el nacionalismo de la *Renaixença*, se quedarán chiquitas, sin embargo, al lado de la intensificación de los procesos que, tal y como con carácter general señalase Mas en la primera parte del libro, habrá de tener lugar con posterioridad a la Guerra Civil, fuese de la mano de la Organización Juvenil Española o fuese, sobre todo, por la vía de las depredadoras estrategias institucionales y, desde los años cincuenta, de la modernización técnica en materia de escalada y de esquí. Precisamente en ese punto, queda sin ser planteada una cuestión de no despreciable envergadura, únicamente entendible, su ausencia, desde la expresa —¿y pudorosa?— resistencia de Nicolás a tratar los deportes que, como los de bici o motocicleta, los aéreos (parapente, etc) o los masivos de esquí, aparecen menos cargados culturalmente: hasta qué punto y, en su caso, a través de qué vías los iniciales y heroicos refugios guadarraminos pudieron actuar, a pesar seguramente de sí mismos, como vanguardia de los ulteriores hoteles vinculados a las estaciones de esquí.

Se trata de un mero ejemplo, es cierto. Pero que puede ser formulado, a propósito del libro en su conjunto, a escala más general: hasta qué punto la mirada naturalista y desocializadora de la Sierra pudo coadyuvar, a través de la supresión de su densidad cultural y antropológica

gica, y a través también de su recuperación institucional y empresarial, a la apropiación arrasadora (y no ya respetuosa) de ese espacio por parte de la sociedad urbana madrileña (o, al menos, de la escasamente culta).

Una pregunta polar para una obra igualmente polar, felizmente atrapada, como más arriba se señalaba, entre el paisaje y su representación, entre la naturaleza y la cultura, entre la realidad y el deseo, entre aquel «determinado punto de claridad y determinado caudal de emoción» que Schiller señalase como atributo inequívoco de la estética clásica. Gracias a ella, a esta obra, el fantasma del Guadarrama se nos hace más cercano, y sus cumbres más hondas.— JOSÉ SIERRA ÁLVAREZ

### *Viaje a los Baños. Panticosa, un viejo enclave urbano en el alto Pirineo\**

Por fin se ha publicado el libro de Octavio Monserrat sobre el Balneario de Panticosa, procedente de su tesis (dirigida por Francisco Quirós y leída en la Universidad de Oviedo), siete años después de tal lectura. Una sólida tesis, un libro lleno de interés, pero con un retraso de los editores que nos ha privado todo ese tiempo de su disfrute.

Se incluye, en principio, el contenido de esta obra en un sentido que radica no sólo en la historia del termalismo español, sino también de modo particular en el del otro lado del Pirineo.

1. «LA PLUS BELLE, LA PLUS MAGNIFIQUE HORREUR» (1788)<sup>1</sup>

Eugène Trutat dedicaba significativamente un largo apartado de su libro enciclopédico *Les Pyrénées*, publicado en 1896<sup>2</sup>, a las aguas termales y minerales del lado francés de esta cordillera. Al escribir en 1928 sobre la celebridad del valle de Cauterets y el origen del «pirineísmo», cuyo detalle se puede seguir en la obra de

Henri Beraldi, Alphonse Meillon señalaba<sup>3</sup>, como una clave de ambos despegues, la boga decimonónica en el Pirineo francés de las curas termales, con tradición especialmente desde el siglo XVII. Pero incluso recordaba las estancias de Margarita de Navarra en estas montañas entre 1541 y 1549 para tomar baños, donde ya acudían gentes «tanto de Francia como de España», algunos célebres (es el caso de Rabelais o Montaigne), como un claro precedente de tal moda. En esta línea, Marguerite Gaston<sup>4</sup> se refería también más tarde a la «*vogue des Pyrénées*», el viaje cuyo pretexto era una estancia en un balneario de buen tono, coincidente con cierto estilo social de la Restauración. Lasserre-Vergne<sup>5</sup> recoge la dedicatoria del *Tableau* de los Pirineos de M. Arbanère (1828) a los «*paysagistes*», «*savants*», «*coureurs de montagnes*» y «*malades*»; quienes acuden al Pirineo son conscientes de ir a una «*terre de guérison*».

En su estudio sobre el romanticismo en el Pirineo francés, Jean Fourcassié<sup>6</sup> llega a decir que el viaje a las estaciones termales de esta montaña entraba obligatoriamente en el código de las obligaciones mundanas del hombre del XIX. Cita al Conde de Viel-Castel, que en 1835 calificaba al Pirineo como el lugar de visita necesaria para todo francés (como la Meca para los musulmanes, añade) y, entre otros datos significativos, recuerda la estancia en Cauterets en 1825 (centro social y paisaje pintoresco) de George Sand, viaje que pasará con intensidad a su obra, con ciertos toques rápidos incluso de los próximos parajes españoles, referencias inmediatas y básicas desde Gavarnie o Marcadau (Bujaruelo y Panticosa) y Luchon:

«me asociaba a los guías que conducían a los naturalistas a la Brecha de Roldán, al Monte Perdido, a los circos de Marboré y de Troumouse, a los Montes Malditos».

En síntesis: «*une peur de vertige et qui n'était pas sans charme*».

No son, pues, azarosos tampoco viajes como los de Maine de Biran (antes de 1820), Chateaubriand (1829), Viollet-le-Duc (1833), Tocqueville (1836), Baudelaire (1838), Flaubert (1840), Lamartine (1840), Victor Hugo (1843), Delacroix (1845) o el de V. Petit con E. Reclus

\* MONSERRAT ZAPATER, Octavio (1998): *El Balneario de Panticosa (1826-1936). Historia de un espacio de salud y ocio en el Pirineo aragonés*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, 404 págs.

<sup>1</sup> SAINT-AMANS, F. B. de: *Fragments d'un voyage sentimental et pittoresque dans les Pyrénées...* Pau, A.L.P., ed. de 1979.

<sup>2</sup> TRUTAT, E.: *Les Pyrénées. Les montagnes, les glaciers, les eaux minérales, les phénomènes de l'atmosphère, la flore, la faune et l'homme*, Paris, Baillière, 1896.

<sup>3</sup> MEILLON, A.: *Excursions autour du Vignemale...* Toulouse, Sirius, ed. de 1987.

<sup>4</sup> GASTON, M.: «La vogue des Pyrénées», en VV.AA.: *Les Pyrénées*, Toulouse, Privat, 1974.

<sup>5</sup> LASSERRE-VERGNE, A.: *Les Pyrénées centrales dans la littérature française entre 1820 et 1870*, Toulouse, Eché, 1985.

<sup>6</sup> FOURCASSIÉ, J.: *Le romantisme et les Pyrénées*, Toulouse, ESPER, ed. 1990.